

A las cuatro de la tarde escampó, soplando algun viento en popa.

Entonces pudieron comer el primer rancho de aquel día, al cabo de veinticuatro horas que no probaban alimento alguno, por no haber podido comer el de la mañana, que una ráfaga de huracán, agitando la mar y acreciendo el balance del buque, hizo rodar por el suelo sin que nada pudiera aprovecharse.

El 23 hallábase la fragata á bastante altura del Cabo, con esperanzas de doblarle pronto á poco que el temporal favoreciese.

De repente viéronse revolotear en torno de la *Colon*, unas aves marítimas enormes.

Eran presagios de que no estaba la tierra muy en lontananza.

Los marineros apellidaban patos carneros del Cabo, á las aves en cuestion, que abundan en aquellas islas, así en el mar como en las playas.

Muchos preparativos se hacian en el buque: amarrábanse las cocinas y cuantos efectos habia sobre cubierta; inspeccionóse el velámen y palos; en una palabra, todo inducia á creer que no se habia pasado aun el mayor peligro.

Los deportados miraban aquellos aprestos con serenidad; tal vez porque la gravedad de su infortunio les hacia el peligro indiferente, ó atenuaba á lo menos su importancia.

Prolongábanse estos eternos y azarosos días, en que todo se descuidaba menos el riesgo del buque.

Los ranchos fueron escasos y de pésima calidad, tanto, que desfallecidos de hambre, no parecia sino que se hubieran convertido todos aquellos infortunados en horribles espectros.

Esta agonía duró hasta el 30 de noviembre, en que se anunció la feliz nueva de que por fin se habia doblado el Cabo; y en

CAPITULO XLVI.

LA NOCHE BUENA.

Imponente amaneció el 22 de noviembre.

La fragata *Colon* doblaba ya el Cabo de Buena Esperanza.

Nadie pudo subir sobre cubierta, porque lo impedia la copiosa lluvia y un viento violentísimo.

El mar estaba borrascoso cual no habian experimentado los forzados viajeros en lo que llevaban de navegacion.

Tuvieron que renunciar á la única luz y ventilacion que recibian por la escotilla, porque las oleadas penetraban por ella y fué preciso cubrirla con un trampon que se construyó de intento para el paso de aquel Cabo.

A las diez de la mañana, sin dar tiempo para rizar velas, hizo trizas la mayor y gavia.

Las averías eran cada vez mayores enmedio de una recia y prolongada lluvia.

celebridad de este fausto suceso, así como en cumplimiento de lo que se les había prometido, mejoráronse notablemente los ranchos, y se halagó á los deportados con la esperanza de que se les concedería algun ensanche y mayor libertad, tan pronto como arribáran á las islas Malayas, donde podrían abastecerse por medio de los indios, de algunos efectos que les serian muy útiles para el resto del viaje á los que pudieran costeárselos.

El 8 de diciembre surcaban ya el canal de Mozambique, cuyo nombre toma de una isla que pertenece á los portugueses.

Al oscurecer del día 10 volvióse á notar gran movimiento en la tripulación.

Taparon las troneras de los cañones y aseguraron mas de lo que estaban todos los efectos que contenía la cubierta.

No tardó en desarrollarse la causa de aquellos preparativos.

A un viento impetuoso sucediéronse rápidamente los embates de embravecidas oleadas que invadían el buque por la escotilla.

Esta escena iba tomando por momentos un aspecto aterrador.

Los estallidos del trueno se sucedían con frecuencia y á la rápida y serpenteante llamarada del relámpago, veíanse los pálidos rostros de los deportados con marcadas señales de asombro y de terror, cosa natural en aquellos infelices nada experimentados en las vicisitudes de una larguísima y azarosa navegacion.

Mas ¡ay! el temporal de la noche del 10, y todo lo que estaban viendo, era nada en comparacion de lo que iban á presenciar.

Hacia dias que el capitán estaba enfermo y no salía de su cámara, circunstancia á la cual, mas que á otra cosa, debieron seguramente los deportados las mejoras que hemos referido, y otras no menos apetecibles, como la de subir á cubierta mas frecuentemente á respirar el aire puro, beber mayor número de veces y mejor

agua; así es que hubieran deseado que la enfermedad de aquel hombre severo, hubiese durado lo que faltaba de viaje.

No tuvieron este gozo; restablecióse el capitán, y volvió todo á su estado primitivo de rigor.

Sin embargo, el día 13 tuvieron los deportados algunos momentos de solaz.

Permitióseles una breve permanencia sobre cubierta y distrajeron algun tanto sus sinsabores viendo arrojar varias cuerdas al mar con anzuelos cebados con tocino, que servían para la caza-pesca de los patos carneros que revoloteaban en derredor de la fragata.

En un momento se apoderaron de algunos, y era de admirar lo extraordinario de su magnitud, y mas que todo lo dóciles é inofensivas que se mostraban estas aves.

Pasaban de su libertad á la mano del hombre sin demostracion alguna que manifestase su descontento.

En pos de este espectáculo agradable, vino otro á perturbar la inocente distraccion de los ánimos, como si la fatalidad hubiera decretado que no se pasára un solo día exento de amarguras.

Dos infelices marineros indios, alentados acaso por el placer de la diversion de que acabamos de hablar, comenzaron á jugar á cara y cruz, y aunque tuvieron la prudencia de hacerlo en sitio separado, no fué tanta su precaucion que evitasen ser descubiertos por un cabo de mar.

Este dió parte al capitán, y el capitán mandó se diesen á los delincuentes veinticinco palos á cada uno, sobre un cañón y por cuatro marineros de los mas vigorosos.

Los ayes de aquellos infelices indios penetraron por todas las habitaciones de la embarcacion, aterrando á cuantos en ella nave-

gaban... menos á sus verdugos que parecia se gozaban con oír tan dolorosos lamentos.

El 21 empezó á notarse desde asaz temprano que se vigilaba mucho á los deportados, y no se les permitió salir por la escotilla ni aun para lavarse.

Esto les hizo comprender que alguna cosa extraordinaria ocurría; y así era la verdad; pero era ridículo de todo punto el motivo por el que se les oponían aquellos obstáculos.

Que se descubría una isla.

¿Y qué? ¿Se temía una rebelión? ¿Qué habían de proyectar ni qué auxilios habían de aguardar los presos, ni qué esperanza podían concebir porque á media legua de distancia se descubriese una isla?

Solo después de mil ruegos y promesas, consintió el capitán que fueran subiendo por pelotones á lavarse sobre cubierta.

¿Lo creyeras, lector?

Después de tantos azares, después de tantos padecimientos y desgracias, aun había en aquellos lacerados corazones una fibra sensible al gozo bienhechor.

¿Cuál fué su alegría al ver tierra después de tres luengos meses de trabajosa navegacion!

Era una escarpada roca que con una punta de tierra en la direccion de la proa del buque se dilataba como media legua de estension, árida y desierta al parecer, desprovista de árboles y de todo cuanto pudiera dar indicios de vejetacion; mas á pesar de faltarle las galas con que naturaleza adorna las fértiles campiñas, no dejaba de ser pintoresco aquel solitario asilo, que esta misma naturaleza, como por un raro capricho, conserva en medio de los mares para que el viajero renueve su esperanza, y cual los pobres

deportados, tenga al cabo de luengos dias de navegacion el consuelo de ver, aunque en distantes climas, esa tierra querida á la que vivamente se desea arribar para poner término á tantas privaciones y azares.

Rayó el día 24, y se despertaron en la fantasia de los confinados mil recuerdos, que vinieron á exacerbar las torturas de sus desolados corazones.

—¿Qué harán mis padres, mi esposa, mis hijos?

Esta era la triste pregunta que generalmente se dirigian á sí mismos en doloroso silencio.

—¿Y qué habían de hacer sus pobres familias sino llorar? ¿Acaso les era posible celebrar alegremente la NOCHE BUENA?

¿Cuántas familias de aquellos desgraciados tendrían que implorar la compasion ajena, no decimos para celebrarla, sino para llevar un pedazo de pan á la boca, que sin duda alguna regarian con acerbo llanto al acordarse de su hermano, de su hijo, de su esposo ó de su padre!

Y mientras los desterrados se entregaban á tan melancólicas meditaciones, observábanse grandes preparativos en el buque, mantanza de gallinas, pavos y hasta de cerdos, mucha ebullicion de botellas de vino, ron y aguardiente, de barriles de escabeche etc.; mas ¡ay! que no se desarrollaba todo aquel aparato culinario para los que ocupaban la mazmorra ya descrita; tenían por objeto obsequiar á los pasajeros de ambas cámaras.

Nuestros pobres desterrados hubieron de atenerse al rancho de la tarde, compuesto, como todos los domingos, de garbanzos, fideos, carne salada y tocino; este último en estado de putrefaccion.

Tambien se les dió aquel dia un cuarteron de tabaco de hoja,

y un pliego de papel de fumar; mas hay que advertir que semejante distribucion no fué gracia ninguna, puesto que por ordenanza se les debia haber dado antes, y sobre este punto habian hecho reclamacion oportunamente.

Iban á Manila en la primera cámara de popa del mismo buque don Juan Montero y don Salvador Calderon, caballeros españoles, como claramente dejan comprender sus apellidos.

Desde el comienzo del viaje habian manifestado gran compasion y afectuosas simpatías en pro de los deportados.

Durante la opípara cena que en celebridad de tan señalada noche se habia preparado, separó el señor Montero uno de los platos que le servian, dirigiendo al capitán con afectado acento estas palabras:

—Sin ejemplar, ya que otra cosa no es aquí posible, quiero que este plato y esta botella se entregue á alguno de esos desgraciados para que signifique á todos ellos cuánto me afecta su infortunio.

Igual operacion practicó su digno compañero el señor Calderon separando un pedazo de queso, algunos panecillos, pasas, avellanas, y cuatro cigarros puros.

Irritóse el capitán en términos, que su oposicion y la manera irascible de manifestarla, ocasionó una acaloradísima disputa entre él y los dos viajeros, en la que por último uno de estos manifestó que si persistia en oponerse á tan justo obsequio, aplazaba la cuestion para cuando hubiesen terminado el viaje y estuvieran en tierra.

Este argumento debió hacer alguna fuerza al capitán, pues el obsequio se realizó.

Los deportados recibieron, envueltos en una servilleta, cinco

panecillos, docena y media de galletas, un pedazo de queso de bola, pasas, avellanas y una botella de vino, que solo alcanzó para remojar las galletas escrupulosamente repartidas como todo lo demás.

Con estas provisiones celebraron aquellos infelices la *Noche buena*, y aun hubo entusiasmo para algunos brindis; que á falta de copas ó vasos se pronunciaban galleta en mano.

Permítansenos citar algunos de ellos por los nobles sentimientos que encierran, ya que no debe exigirse perfeccion en el mérito literario de semejantes improvisaciones.

I.

(DE DON J. A.)

Por tí, Noche buena, brindo
en altas mares y preso;
y á mi familia y amigos
felicidades deseo.

II.

(DE DON J. DE LA S.)

Las facultades que han dado
nuestras Córtes al gobierno,
nos mandan á Filipinas
metidos en un infierno.

III.

(DE DON J. A.)

Aunque á Ultramar desterrados
vamos los libres con gloria,
por eso los moderados
no alcanzarán la victoria.

IV.

(DE M. M.)

Brindo por mis compañeros
 en la fragata *Colon*;
 cuando volvamos á España
 tendremos Constitucion.

V.

(DE J. A.)

Si hoy me veo seis mil leguas
 de mi patria desterrado,
 regresar en breve espero
 mal que pese á los tiranos,
 que el libre pelea y vence,
 Y... PERDONA Á SUS CONTRARIOS.

Sentimos no haber encontrado mas que las iniciales J. A. al pié del precedente brindis en los documentos que tenemos á la vista; porque hubiéramos tenido una satisfaccion inmensa en consignar el nombre del patriota que con tan generosos sentimientos avergüenza á sus tiranos.

¡Qué contraste!...

Después del triunfo se gozaron los verdugos en ver humear sangre española... en desterrar á inocentes... en cubrir de luto á Madrid entero... en hacer derramar lágrimas á sus víctimas, y estas víctimas inocentes, en lo mas amargo de su tortura piensan en *perdonar á sus contrarios!*

Moradores de los palacios... ¡qué baldon para vosotros!

Los hombres del pueblo... esos á quienes insultasteis con los dictados de *gente soez y perdida*, os dan lecciones de generosidad y de nobleza... lecciones que no podeis nunca aprender.

¿No estais convencidos de que valeis mucho menos que los hijos de esas masas populares á quienes pretendéis avasallar?

Confesadlo de una vez; en esas masas útiles y trabajadoras, en esa inmensa multitud de hombres libres, están las sublimes virtudes, el verdadero heroismo, y hasta esa nobleza de que vosotros blasonais porque no sabeis lo que significa la palabra NOBLEZA.

Ni puede heredarse ni conservarse en ridículos pergaminos.

La nobleza solo se alcanza con grandes acciones.

¿Quereis nuevas pruebas de que no hay en España partido mas noble que el partido liberal?

Abrid las páginas de la historia.

Lanzad una mirada á los sanguinarios triunfos del absolutismo, y vereis á los soeces frailes de Fernando VII predicar el esterminio de los liberales vencidos, vereis ardiendo las hogueras de la inquisicion, y una horca en cada esquina para ahorcar á los liberales *vencidos*.

Estos espectáculos llenaban de regocijo á los realistas de aquellos ominosos tiempos.

Pero no hay que ir tan lejos: los hombres de la *moderacion* no saben gobernar sino deportando y ametrallando, y es achaque de su *moderada* escuela, cebarse en las víctimas, mientras los periódicos de su color político entonan alabanzas á lo que ellos llaman energía, y escitan su furor contra los *vencidos* y se gozan en ver correr á torrentes la sangre del pueblo, la sangre de los liberales, cuyos verdugos han osado calificar de *sangre vil y traidora!*

Pero triunfa el partido liberal, y la *gente perdida*, los *anarquistas*, los *revolucionarios*, la *canalla*, la *plebe* por cuyas venas circula esa sangre que apellidan *vil y traidora*, perdona á los *vencidos*.

No habria tanta insolencia en los *polacos*, no habria tanta avilantez en los montemolinistas sin esta incuestionable verdad.

¿Qué ha sucedido con los vencidos en julio de 1854?

Aun viven impunes, y conspiran contra la libertad del pueblo.

¿Qué ha sucedido con los vencidos en junio de 1855?

Todos los periódicos liberales de Madrid mostraron su aversion al derramamiento de sangre.

La súplica de perdon á los rebeldes cogidos con las armas en la mano para arrebatarnos nuestra idolatrada libertad, destelló de todos los periódicos liberales de la córte, y se obtuvo el perdon de los criminales que pisaban ya el patíbulo.

¿Y cuál fué el eco de la prensa mas allá de Madrid?

«Del fondo de nuestro corazon, exclamaron tambien los escritores liberales de las provincias imitando la noble conducta de los de la córte, como hombres, como cristianos, como políticos, damos las mas sinceras y espresivas gracias á S. M. y á los dignos consejeros de la corona por el perdon acordado á los infelices sargentos condenados á muerte por el consejo de guerra que se celebró en Madrid.

Este acto hidalgo, hijo de nobles pechos y de leales corazones, hallará sin disputa eco en toda España, y un coro inmenso de bendiciones se elevará doquiera aplaudiendo la magnanimidad de la reina y la nobleza de sus ministros.

¡Que no se derrame ya mas sangre! Perdon para los que ciegos é ilusos han tratado de enarbolar la bandera de la guerra civil! ¡Perdon y clemencia!

Los que están presos, los que sufren, los que gimen, los que lloran arrepentidos, los que espian en la eterna agonía de una ca-

pilla las faltas cometidas, ya no son nuestros enemigos, sino nuestros hermanos.

¡Perdon, sí, para ellos! Jesucristo al morir en la cruz infamatoria perdonó á sus propios verdugos. Los que seguimos las máximas venerandas que EL PRIMER MÁRTIR DE LA LIBERTAD regaló por herencia y por bandera á las generaciones venideras, debemos, á imitacion suya, ser clementes y magnánimos con nuestros enemigos.

Guerra sin tregua ni descanso á nuestros enemigos armados; misericordia y perdon para nuestros enemigos vencidos.

La reina y el gobierno lo han comprendido así: Dios y su corazon les darán la recompensa, á la que irá unida la bendicion de todos los españoles.»

Este es el lenguaje de los liberales después del triunfo.

¿Hablaba así *El Heraldo* cuando triunfó Narvaez en 1848?

¿Hablábais así, seides de la *moderacion*, cuando os gozabais en el derramamiento de la *sangre vil y traidora*?

No, porque desconoceis los sentimientos de la verdadera nobleza.

Ya veis que esa *gente soez y perdida* que ha hecho rodar por el suelo á vuestros ídolos, es mas noble que vosotros.

El 25 amaneció con poco viento; pero claro y hermoso.

En los ranchos de los deportados hubo mayor esmero sin duda por ser día de Pascua; se compusieron de sopa de ajos por la mañana, y por la tarde garbanzos, fideos, carne salada y tocino fresco.

No escaseó el tabaco; y todos quedaron contentos.

Después de 96 días de navegacion, los deportados mas infelices tuvieron el placer de ver por vez primera á los veintidos compañeros que ocupaban la cámara clasificados de oficiales, á quienes hasta el dia 27 de diciembre no se les permitió subir sobre cubierta.

El gozo fué reciproco, y aunque los últimos habian obtenido mejor trato que los primeros, se les conocian sus padecimientos, mayormente por la falta de respirar aire libre.

Con todo, habia una notable diferencia entre unos y otros, por manera que los distinguidos no pudieron ocultar la sorpresa y horror que les sobrecogió al observar los semblantes cadavéricos de sus compañeros de exilio.

El año de 1848, tan desastroso para aquellos desgraciados, terminó con otra lamentable desgracia.

José Prís, natural de Egea de los Caballeros, en Aragon, de 27 años de edad, labrador, no pudo tampoco resistir á sus padecimientos, y sucumbió en la noche del 31 de diciembre, víctima de la mas ardiente y devoradora calentura.



CAPITULO XLVII.

LA TORMENTA.

Horrorosa y fatídica fué para los deportados la inauguracion del año 1849.

La primera escena que se ofreció á su vista fué la de estraer el cadáver del infortunado Prís por la escotilla, y colocarle sobre cubierta para verificar el reconocimiento facultativo de costumbre.

Practicada esta aterradora operacion, se le envolvió en sus propias mantas, y sujeto á ellas con cuerdas el fatal saco de arena que habia de acompañarle á la profundidad del abismo, fué arrojado al mar por el costado de babor, en presencia de sus desolados compañeros.

Este espectáculo era tanto mas aterrador cuanto que despertaba en la mente de los deportados el tremendo vaticinio de que se reproduciria con frecuencia, porque los enfermos de gravedad se aumentaban de dia en dia á consecuencia de los escesivos calores que se habian desarrollado de nuevo con inaudita intensidad, cosa